

VIII

MANIOBRAS Y DISPOSICIONES DE BATALLA

Los acontecimientos facilitaban a Marescal una ayuda inesperada. El hecho de que Aurelia estuviera en cama representaba el fracaso del plan propuesto por Raúl, la imposibilidad de huir y la espera de la espantosa denuncia. Por otra parte, Marescal tomó al momento precauciones. La enfermera de Aurelia le era completamente adicta y, como pudo comprobar Raúl, le daba cuenta diaria del estado de la enferma. En caso de mejoría súbita, hubiese obrado.

—Eso es—pensaba Raúl—. Pero cuando no ha obrado ya es porque tiene motivos que le impiden denunciar públicamente a Aurelia y porque prefiere esperar el fin de la enfermedad. Se prepara. Me prepararé también yo.

Aunque opuesto a las hipótesis demasiado lógicas, siempre desmentidas por los hechos, había deducido de las circunstancias varias conclusiones involuntarias, por decirlo así. Entreveía confusamente la extraña realidad, en la cual nadie había pensado ni un instante

y que tan sencilla era. Y la entreveía confundidamente, más bien por la misma fuerza de las cosas que por un esfuerzo del espíritu. Comprendía, a consecuencia de todo ello, que había llegado la hora de obrar con resolución.

—En las expediciones—solía decir—, la mayor dificultad consiste en el primer paso.

Ahora bien: si percibía claramente ciertos actos, resultaban oscuros los motivos de tales actos. Los personajes del drama conservaban para él una apariencia de autómatas que se desenvuelven en la tempestad y en la tormenta. Para vencer no le bastaba con defender a Aurelia día por día, sino que necesitaba investigar el pasado para descubrir las profundas razones obrantes sobre aquellas personas y que en ellas influyeron en el curso de la noche trágica.

—En resumen—se dijo—: hay, sin contarme a mí, cuatro actores importantes que evolucionan en torno de Aurelia y que la persiguen: Guillermo, Jodot, Marescal y Brégeac. Entre esos cuatro hay quien la busca por amor y quien la busca para arrancarle un secreto. La combinación de esos dos elementos, amor y codicia, determina toda aventura. Pero Guillermo está, por ahora, descartado. Brégeac y Jodot no me preocupan mientras Aurelia esté enferma. Queda Marescal. Ese es el enemigo a quien hay que evitar.

Frente al hotelito de Brégeac había un piso vacante. Raúl se instaló en él. Y así como Marescal utilizaba a la enfermera, él sobornó a la camarera, que tres veces, estando ausente la enfermera, le permitió pasar junto a Aurelia.

La joven parecía no reconocerle. Estaba tan debilitada por la fiebre que no podía decir más que algunas palabras sin ilación. En seguida cerraba los ojos. Pero él no dudaba de que ella le oyese y se diese cuenta de la voz amable que la apaciguaba con el efecto de un pase magnético.

—Soy yo, Aurelia—decía Raúl—. Como usted ve, permanezco fiel a mi promesa y puede usted tener confianza en mí. Le juro que sus enemigos son incapaces de luchar contra mí, y que la libentaré. ¿Cómo no? Sólo pienso en usted. Reconstruyo su vida, que, poco a poco, se me aparece tal cual es: sencilla y honrada. Sé que usted es inocente. Lo he sabido siempre, aun cuando la acusaba. Las pruebas más irrefutables me parecían falsas: ¡la señorita de los ojos verdes no podía ser una criminal!

No tenía reparo en ir más lejos en sus confesiones ni en decirle palabras más tiernas, que ella veíase obligada a escuchar y que Raúl mezclaba con abundantes consejos:

—Es usted toda mi vida... En ninguna mujer he encontrado más gracias ni encantos... Confíe en mí, Aurelia... Solamente le pido una cosa: confianza. Si alguien le hace preguntas, no conteste. Si alguien le escribe, no conteste. Si quieren hacerla salir de aquí, ¡niéguese! Conserve la confianza hasta el último minuto de la hora más cruel. Yo apareceré siempre, porque sólo vivo para usted y por usted...

La cara de la joven tomaba una expresión de calma. Se adormecía como mecida por un sueño feliz.

Raúl se metió en las habitaciones reservadas a Brégeac, donde buscó, inútilmente por cierto, papeles o indicaciones que pudieran guiarle.

También hizo visitas domiciliarias extraordinariamente minuciosas al piso ocupado por Marescal en la calle de Tívoli.

Asimismo emprendió una concienzuda investigación en los despachos del ministerio del Interior donde trabajaban los dos hombres. La rivalidad y el odio entre ambos eran conocidos de todos. Uno y otro se veían combatidos, ya en el ministerio, ya en la prefectura de policía; pero eran mantenidos en su alto cargo por poderosos personajes que batallaban por encima de sus cabezas. El servicio resultaba perjudicado con ello. Y los dos se acusaban abiertamente de hechos graves. Se hablaba de retiros. ¿Quién sería el sacrificado?

Raúl, oculto cierto día detrás de una cortina, vió a Brégeac a la cabecera de Aurelia. Era un bilioso, de cara flaca y amarilla, bastante alto y que, ciertamente, tenía más elegancia y distinción que el vulgar Marescal. La chica, al despertarse, le vió inclinado hacia ella y le dijo duramente:

—Déjeme... Déjeme...

—¡Cómo me detestas! —murmuró el otro—.

¡Qué a gusto me harías daño!

—Nunca haré daño a quien se ha casado con mi madre—repuso ella.

Y él, mirándola con visible sufrimiento, dijo:

—¡Qué bonita eres! ¡Qué desventurada!... Pero, ¿por qué has rechazado siempre mi

cariño?... Ya sé que he hecho mal, ya. Durante mucho tiempo no he sido atraído hacia ti más que por el secreto que tan sin razón me ocultabas. Y si tú no te hubieras encerrado en un silencio absurdo, no hubiera pensado en otras cosas que son un suplicio para mí... porque no me querrás... porque no es posible que me quieras...

La joven, por no oír, volvía la cabeza. El otro, sin embargo, agregó:

—Durante tu delirio has hablado de revelaciones que deseabas hacerme. ¿Se referían a eso? ¿O se referían a tu insensata huída con ese Guillermo? ¿Adónde te ha conducido el miserable? ¿Qué fué de vosotros, antes de que te refugiaras en el convento?

La muchacha no contestó. ¿Agotamiento? ¿Desprecio?

Brégeac calló. Al marcharse, Raúl, que se marchaba también, vió que Aurelia lloraba.

El resumen de dos semanas de investigación era para desalentar a otro que no hubiera sido Raúl. En términos generales, los grandes problemas continuaban sin resolver o, cuando menos, no recibían solución aparente, aparte de ciertas tendencias que Raúl tenía a interpretarlos a su manera.

—Pero lo esencial—se decía—es que no he perdido el tiempo. Actuar equivale frecuentemente a no hacer nada. La atmósfera es menos turbia. Mi visión de las personas y de los hechos se precisa y se robustece. Y, además, estoy en el corazón del campo de batalla. Cuando ésta se produzca con la violencia que es de suponer, cuando se pongan frente a frente todos los enemigos mortales, las ne-

cesidades del combate y la necesidad de encontrar armas más eficaces producirán el inesperado choque de que surgirán las chispas.

Y surgió una, en la que Raúl no pensaba y que iluminó un sector de las tinieblas en que él no creía que pudiera ocurrir nada importante. Cierta mañana, con la frente pegada a los cristales y los ojos fijos en los balcones de Brégeac, vió a Jodot disfrazado de traperero. Ahora llevaba al hombro un saco de arpillera, en el que depositaba el botín. Luego de dejar el saco junto a la pared sentóse en la acera y se puso a comer mientras huroneaba en el cajón más cercano. El gesto parecía maquinal. Pero Raúl, al cabo de un instante, notó fácilmente que el traperero no acercaba más que los sobres arrugados y las cartas rasgadas. Luego de echarles un vistazo, continuaba la busca. Sin duda, le interesaba la correspondencia de Brégeac.

Al cabo de un cuarto de hora se echó el saco a la espalda y se fué. Raúl le siguió hasta Montmartre, donde Jodot tenía trapería.

Volvió tres días seguidos. Todas las veces repetía exactamente la misma operación equívoca. Pero el tercer día, que era domingo, Raúl sorprendió a Brégeac espiando tras el balcón. Cuando el traperero se marchó, Brégeac le siguió con infinitas precauciones. Raúl les acompañó desde lejos. ¿Iba a conocer el lazo que unía a Brégeac con Jodot?

Atravesaron así, uno detrás de otro, el barrio de Monceau y las fortificaciones, llegando, al final del bulevar Bincau, a orillas del Sena. Varias villas modestas alternaban con solares

descuidados. Junto a una de ellas descargó Jodot el saco. Y, luego de sentarse, comió.

Allí permaneció cuatro o cinco horas, vigilado por Brégeac, que almorzaba a treinta metros de distancia, en un pequeño restaurante, y por Raúl, que, tendido en un ribazo, fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Cuando Jodot se marchó, Brégeac alejose por otra parte, como si el asunto hubiera perdido todo su interés. Raúl entró en el restaurante, habló con el dueño y se enteró de que la villa junto a la cual se había sentado Jodot pertenecía, varias semanas antes, a los dos hermanos Loubeaux, asesinados en el rápido de Marsella por dos individuos. La justicia había precintado las puertas y había confiado la custodia a un vecino que todos los domingos iba a pasearse por allí.

Raúl se estremeció al oír el nombre de los hermanos Loubeaux. Los tejemanejes de Jodot comenzaban a tener una significación.

Interrogando más a fondo se enteró también de que los hermanos Loubeaux, en la época de su muerte, vivían muy poco en la villa, que no les servía más que como almacén para su comercio de vinos de Champaña. Se habían separado de su socio y viajaban por su cuenta.

—¿De su socio?—preguntó Raúl.

—Sí. Su nombre todavía está escrito en la placa de cobre que hay cerca de la puerta: «Loubeaux hermanos y Jodot».

Raúl reprimió un movimiento.

—¿Jodot?

—Sí. Un hombretón de cara roja y con apa-

riencias de gigante de feria. Hace más de un año que no se le ve por aquí.

—Estos informes tienen una importancia extraordinaria—se dijo Raúl una vez solo—. Resulta que Jodot había sido socio de dos hermanos a los que más adelante tenía que matar. Nada de particular tiene, pues, que la justicia no le haya inquietado, ya que no ha sospechado que en el asunto hubiera un Jodot, y, por otra parte, Marescal está convencido de que el tercer cómplice soy yo. Pero ¿por qué viene Jodot al lugar en que vivieron sus víctimas? Y ¿por qué vigila Brégeac esta pequeña excursión?

Transcurrió la semana sin incidentes. Jodot no apareció por delante del hotelito de Brégeac. Pero el sábado por la noche, Raúl, convencido de que el individuo de marras volvería a la villa el domingo por la mañana, saltó la tapia recayente a un solar y se introdujo en ella por uno de los balcones del primer piso.

En este piso había aún dos habitaciones amuebladas. Se notaban indicios seguros de registros. ¿Hechos por quién? ¿Por agentes? ¿Por Brégeac? ¿Por Jodot? Y, en todo caso, ¿con qué objeto?

Raúl no se entretuvo. Lo que habían buscado otros, o bien no se había encontrado o bien no se encontraba ya. Instalóse, pues, en una butaca. Y auxiliado por una lamparilla de bolsillo cogió de una mesa cierto libro cuya lectura no tardó en producirle sueño.

La verdad solamente se revela a quienes la obligan a salir de la sombra. A menudo, cuando se la cree lejana, una casualidad acude a colocarla sencillamente en el lugar que se

le había preparado. La gracia consiste, pues, en la calidad de esa preparación. Raúl, al despertarse, miró el libro que había intentado leer. La encuadernación estaba forrada de una tela negra parecida a la que los fotógrafos emplean para tapar la máquina.

Buscó, buscó. En una revuelta alacena, llena de trapos y papeles, encontró una buena porción de esa tela. En ella habían sido cortados en redondo tres trozos del tamaño de un plato cada uno.

—¡Oh!—murmuró Raúl, emocionado—. He acertado. Los tres antifaces de los bandidos del rápido han salido de aquí. La tela ésta lo prueba irrefutablemente. Explica y comenta, por decirlo así, lo que ha ocurrido.

Ahora la verdad le parecía tan natural, tan conforme a las intuiciones inconcretas que había tenido y, en cierto modo, tan regocijante por su sencillez, que se echó a reír entre el profundo silencio de la casa.

—Perfectamente—decía—. El destino mismo me traerá los elementos que me faltan. Hoy ha entrado a mi servicio. Por tanto, todos los detalles de la aventura van a precipitarse ante mi llamada y a ordenarse a plena luz.

A las ocho, el encargado de la villa dió su paseo dominical por la planta baja y cerró concienzudamente las puertas. A las nueve bajó Raúl al corredor. Y, dejando cerrada la ventana, abrió la contraventana situada encima del lugar en que Jodot se había sentado.

El trapero fué exacto. Llegó con su saco, que arrimó a la pared, sentóse y comió. Mientras comía monologaba en voz baja, tan baja,